

LOS INDIOS Y LA CIVILIZACIÓN

Darcy Ribeiro

Los indios y la civilización
La integración de las poblaciones indígenas
en el Brasil moderno

Traducción de Guillermo David



EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Ribeiro, Darcy

Los indios y la civilización : la integración de las poblaciones indígenas en el Brasil moderno /
Darcy Ribeiro. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento ; Brasília :
Fundación Darcy Ribeiro, 2025.

462 p. ; 21 x 15 cm.

Traducción de: Guillermo David.

ISBN 978-987-630-838-0

1. Antropología. 2. Sociología. 3. Evolución Social. I. David, Guillermo, trad. II. Título.
CDD 301

Título original: *Os índios e a civilização*

EDICIONES UNGS

© Fundación Darcy Ribeiro, 2025.

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2025.

Todos los derechos de esta edición reservados para el territorio de la República Argentina.

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX), Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507 - ediciones@campus.ungs.edu.ar - <http://ediciones.ungs.edu.ar>

Serie Antropología de la Civilización

Director: Eduardo Rinesi

Diseño gráfico de la serie: Franco Perticarò

Diseño gráfico de tapas: Daniel Vidable

Traducción: Guillermo David

Tipografías:

Rosario / Diseñada por Héctor Gatti, Adobe Typekit & Omnibus-Type Team

Andada / Diseñada por Carolina Giovagnoli para Huerta Tipográfica

SIL Open Font License, 1.1

Impreso en DP Argentina S.A.

Panamérica km 37,5 (B1619), Garín, Buenos Aires, Argentina,
en el mes de noviembre de 2025.

Tirada: 150 ejemplares.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Prólogo.	
Muerte y transfiguración de la civilización indígena del Brasil	11
<i>Guillermo David</i>	
Prefacio a la 7ª edición brasileña.....	23
Prefacio a la primera edición	27
Introducción	31
I. Las fronteras de la civilización	
1. La Amazonia extractivista.....	43
2. Las fronteras de la expansión pastoril.....	67
3. La expansión agrícola en la mata atlántica	105
4. Penetración militar en Rondônia.....	123
II. La intervención proteccionista	
5. La política indigenista brasileña	137
6. La pacificación de las tribus hostiles	155
7. El problema indígena.....	191
III. La transfiguración étnica	
Planteamiento del problema.....	215
8. Las etapas de la integración	225
9. Las compulsiones ecológicas y bióticas.....	257
10. Las coerciones socio-económicas	307
11. Reacciones étnicas diferenciales	357
12. Conclusiones	407
Notas.....	421
Observaciones sobre la bibliografía.....	431
Bibliografía	437

A Rondon, el humanista

Prólogo

Muerte y transfiguración de la civilización indígena del Brasil

Guillermo David

Darcy Ribeiro tuvo una vida que fue muchas. Es una figura de relevancia latinoamericana y un pensador fundamental de los dilemas de nuestro tiempo.

Autor de una larga lista de libros y decenas de ensayos y artículos, novelas y autobiografías, su obra ha sido coronada por un ciclo conceptual que él mismo consideraba su mayor aporte al conocimiento social y al que puso el nombre genérico de *Estudios de Antropología de la Civilización*. Redactado en el exilio, *Os índios e a civilização* vio la luz en 1970 y fue editado parcialmente en castellano como *Fronteras indígenas de la civilización*;ⁱ enlaza con *El proceso civilizatorio*, antesala de *Las Américas y la civilización*, y se cierra en su libro postrero sobre Brasil, *O povo brasileiro*, escrito durante medio siglo pero editado recién sobre el final de sus días, en el que sintetiza la articulación entre los anteriores.

A su diagnóstico, pleno de matices, le adosa una prognosis –y un programa, que en cierta medida trató de cumplir en su labor política–ⁱⁱ sustentada en la encarnadura de los sujetos sociales y políticos que convoca en sus textos. Sobre todo en *El dilema de América Latina*, libro de coyuntura pero no menos centrado en la esperanza transformadora del momento –comienzo de los años setenta, plenos de insurgencias cargadas de promisión. En él desanda el camino de los impedimentos y las posibilidades de transformación, ya revolucionaria –su opción de entonces, que revisaría a partir de su retorno al país–, ya reformista, populista, o nacionalista modernizadora, cuyos límites y potencialidades juzga con rara ecuanimidad.

ⁱ S. XXI, México, 1971. Traducción: Julio Rossiello.

ⁱⁱ Para una visión más amplia sobre su vida y obra, cfr. Guillermo David, *Darcy Ribeiro. La antropología militante*, UNGS, Los Polvorines, 2019.

Estación de llegada o punto de arranque, como una cinta de Moebius, su teoría del Brasil, que ciertamente conoció varias versiones, acoge las múltiples problemáticas que abordó a lo largo de su dilatada vida activa. Pero decir esto es llamarse a engaño. Porque es inscribirlo como un capítulo más en la retahíla de interpretaciones que tiene sus estaciones en figuras como Gilberto Freyre o Sergio Buarque de Holanda, que hicieron del mestizaje compensado el núcleo conceptual de su propia versión de la brasilidad. Sin embargo, aunque ciertamente pertenece a esa estirpe, con la que dialoga críticamente, la obra de Darcy, “un Freyre de izquierda”, desborda el cauce por el cual aquellas se deslizan. No solo por la inscripción de su investigación en un panorama mayor –el orbe entero y toda la historia de la humanidad– sino, y sobre todo, por la perspectiva desde la cual piensa.

Hay una matriz de origen en su pensamiento que lo diferencia de los anteriores exégetas de la nación (y no solo en Brasil), la cual aún hoy permite la deconstrucción de los lugares comunes que devinieron el sentido común de la ensayística de interpretación iberoamericana. Y es la cuestión –y, sobre todo, la experiencia– indígena, ausente en los planteos previos, desde la cual se le abrió una perspectiva para cuestionar el movimiento general de la sociedad incurso en el proceso desarrollista de su época. Tanto en su variante ceñida a propósitos etnográficos –sus magníficos *Diarios indios* acaso sean su pieza mayor– como en la consideración crítica del indigenismo de Estado, pasando por la denuncia de los seculares atropellos a que se vio sometida la población nativa, y colocando bajo advertencia a la situación actual, a la que ve como contracara de los optimismos modernizantes usuales, Darcy hace del eje en la aboriginalidad la clave de bóveda de su pesquisa para pensar la nación y el mundo.

Ribeiro es siempre un antropólogo que, en su abordaje de cualquier fenómeno social o histórico, incluida la práctica política en los niveles más altos de gestión y decisión, acarrea la experiencia indígena desde la cual asume un punto de mira que le faculta cuestionamientos –como el que hace al etnocentrismo que aqueja a las doctrinas revolucionarias o a las filosofías de la asimilación– radicales. Esa toma de posición desde el lugar del sujeto más recóndito de la trama social –lección ética y opción epistemológica sin duda emparentada con su marxismo inicial, pero que lo radicaliza, corrige y excede–, sin embargo, no empaña su comprensión de la totalidad histórica. Muy por el contrario: porque pudo formular en *El proceso civilizatorio* su teoría de la historia de la Humanidad, y lo hizo partiendo de su visión sobre las sociedades aborígenes en su devenir histórico, fue capaz de abarcar

con su mirada distanciada y apasionada a un mismo tiempo, ceñida a una temporalidad de largo aliento y a la vez muy anclada en el presente y sus problemas, la situación general en que se inscribe el drama de su país y del mundo. Cosa poco frecuente dado el nacionalismo a veces estrecho que constriñe el pensamiento social brasileño, que raramente, sobre todo en su generación, pensó los problemas imbricados en un panorama tanto mundial como latinoamericano.

Una peculiaridad de algunos de los cientistas sociales brasileños más destacados es que en su formación de base está la experiencia etnográfica. Florestan Fernandes, Fernando Henrique Cardoso, Octavio Ianni, Roberto Cardoso de Oliveira o Roberto Da Matta, por citar solo algunos ejemplos notables de esa camada generacional que logró insuflarle un salto cualitativo a la investigación social del país, comenzaron a pensar a partir de sus trabajos etnográficos entre indios, caboclos, quilombolas o poblaciones tradicionales. Y es que hay una marca del pensamiento brasileño contemporáneo que es la fundación por la misión francesa, en los años treinta, de la Universidad de San Pablo, cuya figura señera sería –pero solo *a posteriori*– Claude Lévi-Strauss. Quien, como es notorio, en *Tristes Trópicos* nos ha entregado no solo la historia de su conversión a la antropología sino uno de los ejes de comprensión del enigma brasileño: su articulación con los pueblos indígenas. Fundación que es más bien un recomienzo, porque Brasil fue diagramado y pensado por los jesuitas –a los que seguirían exploradores, científicos, artistas, cazadores de hombres y animales–, tal como Ribeiro ha detallado muchas veces, quienes constituyen el pensamiento social a partir del problema de la conversión de los indios. Y por supuesto por militares, entre los que se destaca Nelson Werneck Sodré, el General marxista, que produjeron conocimiento social e histórico además de acción política concreta.

Cabe acotar que los nombrados y demás miembros de esa generación tuvieron su formación en la línea de la antropología cultural norteamericana. El funcionalismo de Radcliffe Brown, que le llegara a través de su amigo Donald Pierson, era la piedra de toque de los estudios antropológicos de posguerra a los que Darcy siempre ancló en su proyección práctica, política. No sin asumir la paradoja de que un conocimiento que rechazaba explícitamente el compromiso con sus sujetos bajo la idea de la neutralidad valorativa le sirviera para ahondarlo sin escrúpulos, ante la mirada suspicaz de sus inspiradores.

Una de las intervenciones directas en la constitución del pensamiento antropológico brasileño por parte de la antropología norteamericana fue

la comisión formada por la UNESCO en los años 50 para investigar los problemas raciales. Que, como es sabido, arrojó los resultados contrarios a los esperados. El supuesto del que partía era que Brasil era una “democracia racial” exenta de las virulencias del racismo norteamericano o sudafricano. Se trataba de confirmar el mito del “hombre cordial” construido sobre todo por Sergio Buarque de Holanda en su *Raíces del Brasil*. Mito infausto, encubridor de la tragedia, que en ese texto fundador –y, en buena medida, en el sentido común construido tanto por los medios como por los imaginarios literarios– postulaba a Brasil como un *melting pot*. El famoso *crisol de razas* habría producido una amalgama sin mayores fisuras mediante la cual se habría producido una morigeración de la conflictividad social basada en las fricciones interétnicas. Es decir, un camino en apariencia opuesto al norteamericano, inficionado por conflictos raciales de alto voltaje. Por el contrario, el mestizaje lusoafroamericano habría producido una humanidad nueva, síntesis de los tres afluentes raciales –*indios, negros y blancos*, en el lenguaje de la época– que dieron origen al gran río homogéneo y amable que sería Brasil. Pues bien: aquellas investigaciones de campo organizadas por la UNESCO dieron por tierra con ese tópico, en tanto mostraron el racismo y el clasismo articulados en desmedro de los sectores populares, iniciando una nueva etapa de desarrollo del pensamiento social en el país.

En ese contexto, Charles Wagley y Marvin Harris, que supervisaron la labor, habían encargado a través del argentino Alfred Metraux a Ribeiro –y a Eduardo Galvão, entre otros–, el estudio del vínculo entre indígenas y blancos, cuyos resultados constituyen su obra magna sobre el tema: *Los indios y la civilización*, que presentamos por primera vez en castellano en una versión integral.ⁱⁱⁱ

En sus conclusiones Darcy estipulaba que los aborígenes no fueron ni son asimilados por la sociedad nacional durante la expansión de la frontera, sino más bien que, o fueron exterminados, o sobrevivieron siendo indígenas, aunque descaracterizados donde mantuvieron cierta inserción en la cultura dominante, o reluctantes cuando consiguieron abroquelarse en territorios de difícil acceso. La amable asimilación supuesta había derivado en etnocidio y transfiguración étnica. Sobre esa base Darcy construiría todo su pensamiento.

ⁱⁱⁱ Hemos tomado como base la edición de Companhia das Letras de 1996, la última revisada en vida por el propio Darcy. Como el propio autor va señalando a lo largo del texto, este está compuesto por diversas versiones, que van desde 1962 hasta el final de sus días.

El héroe modélico por antonomasia y el punto de partida para su reflexión sobre las virtudes y límites de la acción indigenista estatal es para Darcy el Mariscal Rondón, el gran pacificador de indios que guió durante medio siglo al Ejército bajo el lema “matar nunca, y si es preciso, morir”. Es la única figura que reconoce como guía moral; su otro héroe –político– es Jango Goulart. Cabe acotar que Darcy, que, no sin razón, se consideró un creador de su propio pensamiento emancipado de herencias, nunca reconoció paternidades intelectuales, más allá de su explícita gratitud hacia Herbert Baldus, que lo iniciara en la etnología.

Un pequeño libro, poco conocido, de Darcy, *A política indigenista brasileira*, editado por el Ministerio de Agricultura en 1962, que integrará luego la primera parte de *Los indios y la civilización*, constituye el texto de entrada a su reflexión política sobre el indigenismo. En él narra la historia del Servicio de Protección del Indio desde su fundación por el gran Mariscal en 1910 hasta el momento en el que se vislumbra el fracaso de esa experiencia.^{iv} La necesaria refundación de las prácticas proteccionistas es su colofón, aunque Darcy reconoce que la mayor obra del Servicio fue la construcción de un estatus legal para el indio y su consecuente reconocimiento como ciudadano. Ello significó un gran avance contra los abusos de *fazendeiros*, la destrucción de las comunidades y las reorganizaciones compulsivas efectuadas por las órdenes religiosas, así como la desarticulación de núcleos familiares, la transformación de los hombres en fuerza de trabajo y el arrebato de mujeres que acababan amancebadas con *caboclos* en la frontera extractivista de caucheros, *garimpeiros* (buscadores de oro) o campesinos, que dieron origen a la población *neobrasileña*, mestiza.

Aunque con modestia Darcy soslaya su labor, el libro es la justificación de su pasaje de la antropología de campo que realizara en sus años formativos^v

^{iv} Por entonces, a mediados de los años 50 del siglo XIX, el Servicio fue clausurado y puesto bajo investigación judicial por causa de casos de corrupción e incluso por denuncias de los propios indios debidas a diversos tipos de injusticias cometidas contra ellos.

^v Junto a su esposa, Berta Gleizer Ribeiro, Darcy había escrito un libro sobre *El arte plurmario de los Kaapor* y un ensayo sobre *Culturas e idiomas indígenas del Brasil*, ambos de 1957, además de su libro sobre los Kadiweu. La obra de Darcy no habría sido posible sin el vínculo estrecho, no solo amoroso sino también intelectual y profesional, con ella. Nacida en la actual Moldavia en el seno de una familia judía, Berta llegó de pequeña a Brasil huyendo del antisemitismo junto a sus padres, activistas sindicalistas. Militante comunista, antropóloga, estuvo a la par de Darcy desde su casamiento en 1948 hasta su divorcio en 1974, siguiéndolo en sus aventuras políticas en Brasil y en el exilio. Dejó una obra etnográfica de gran valor. Entre sus numerosos libros, algunos en colaboración con

a la antropología de Estado, cuya concreción contó con su participación no solo en el Servicio sino también como uno de los inspiradores centrales del Parque Nacional Xingú y el Museo del Indio. Darcy detalla la historia –y sobre todo establece las pautas y métodos de trabajo– de la “pacificación” de los indios. Lo que en Brasil significa (contrariamente a otros países como Chile y Argentina, donde equivale meramente a genocidio)^{vi} la intervención del Estado que media la conflictividad entre colonos y grupos tribales, que había alcanzado gran virulencia con el despliegue y ampliación de la frontera agraria hacia el interior del país en la primera mitad del siglo XX. Situación, huelga decirlo, que no ha cesado.

Hoy en día se le critica a Ribeiro –las raras veces que se lo cita– la visión pesimista que sustenta sobre la sobrevivencia de los pueblos indígenas, a los que vaticina la extinción o la descaracterización asimilada, su devenir “indios genéricos” como único modo de formar parte de la nación. Y es que no podía pensar de otro modo. Pues en las décadas inmediatas que siguieron al contacto con el mundo “blanco” la disminución de la población por enfermedades, guerras, vicios y demás lacras civilizatorias adquiridas fue sustancial, llegando incluso a la desaparición de no pocas etnias. De hecho, Darcy fue testigo presencial de algunos de sus momentos más dramáticos. Así y todo, en algunos momentos detalla esperanzado las estrategias de etnógenesís con que los indios reproducen su existencia en nuevos contextos. Y en sus últimos trabajos en cierta medida amortigua su mirada melancólica, pesimista, y alcanza a vislumbrar las claves de la revitalización indígena, que hizo de los indios un actor histórico de singular potencia. De todos modos, es cierto que siempre los piensa desde la sociedad nacional y sobre todo desde el Estado, siendo Nación y Estado articulados el sujeto histórico de la inclusión y posible emancipación o al menos reparación protectora.

su marido, como la *Summa etnológica brasileira*, se cuentan *Arte indígena, linguagem visual*, *Diário do Xingu*, *O índio na cultura brasileira*, donde discute con la idea de Darcy del “indio genérico” mostrando la continuidad de la presencia indígena en la cultura brasileña contemporánea, *Dicionário do artesanato indígena*, el tema que más convocó sus intereses, *Amazônia urgente: Cinco séculos de História e Ecologia*, *História dos índios no Brasil* y *Os índios das Águas Pretas: Modo de produção e equipamento produtivo*.

^{vi} El positivismo que guió a Rondón se basaba en la creencia en la igualdad natural del género humano, cuya disposición al progreso haría que, creadas las condiciones materiales de asunción de nuevas pautas culturales, se abandonase la vida precaria y fetichista y se articulara a los pueblos indígenas en un estadio civilizatorio superior. En Argentina, por el contrario, significó la justificación del genocidio, por considerar irredimibles a las “razas inferiores”, que habrían de ser suplantadas por poblaciones europeas civilizadas.

Darcy considera a los indios necesariamente como remanentes históricos que reclaman cierta tutela, no como sujetos activos plenos. Es decir, no les confiere capacidad de agencia, de allí que postule el necesario ventriloquismo estatal para vehiculizar la defensa de sus derechos.

Los indios y la civilización responde a la pregunta por las relaciones inter-étnicas en condiciones de choque civilizatorio. Su categoría, que discute con las usuales en la época para pensar la cuestión—aculturación, deculturación, fricción interétnica^{vii}— es la de *transfiguración*. Llama así a la estrategia de integración practicada por los aborígenes en la cual resignan trazas identitarias a cambio de supervivencia. Ribeiro señala el hecho paradójico de que si bien hay pérdida de identidad—desde la rotura de los vínculos de parentesco y la pérdida de territorialidad hasta la desaparición de lenguas y prácticas económicas, rituales y comunitarias— nunca llega a haber asimilación plena. Apenas, en el mejor de los casos, integración, convivencia con la sociedad nacional, a la que llama “etnia neobrasileña”. Aun descaracterizado, urbanizado, marginalizado o proletarizado, el indio sigue siéndolo, sostiene. De allí procede su drama irredimible. Y su persistencia. Esa cristalización esencialista en sujetos antagónicos, algo abstractos y generales—“indios” y “civilizados”—, hace que sus personajes no aparezcan constituidos en identidades en devenir que, enlazadas por la historia, confluyan en nuevas formaciones, sino que entren y salgan de escena a costa de su extinción o disolución.

La aceleración o retardo (otras dos categorías claves en su andamiaje conceptual) en la integración, que, para Darcy, es un destino casi ineludible en el largo plazo, depende de la conformación previa de la etnia. Si esta logra, como en el caso histórico de los guaycurúes o los tamoios —o, agregamos nosotros, en el caso de los mapuche—, constituirse en confederación, y ello es debido a la flexibilidad del lazo social y a la apropiación de tecnología y métodos organizacionales de sus enemigos, como la adopción del caballo y las estrategias de guerra occidentales, tiene opción de resistir, retardando la

^{vii} Su crítica a las corrientes que tematizan la aculturación y el cambio social, hegemónicas en los años 50 y 60, estriba en el señalamiento de su unidireccionalidad y en el menoscabo de la potencialidad integradora que los grupos humanos subalternos poseen, así como en el etnocentrismo que las afecta. Producto natural del desarrollismo con que las naciones pretendían resolver el tema del subdesarrollo sin apuntar contra la dependencia económica y cultural, esas teorías acaban siendo apenas el soporte justificatorio del etnocidio indígena. Por otra parte, para Darcy el marxismo incurriría también en una inadecuación a la realidad americana al soslayar la especificidad de sus formaciones y reducirlas a apenas un caso mal acomodado de un esquema general que no las comprende. Y por supuesto al ignorar la cuestión indígena.

victoria del complejo civilizatorio invasor, más poderoso. Pero su destino, según Darcy, está marcado.

Hay una idea de fatalismo en su visión que sin duda procede tanto de la experiencia –Darcy asistió a la desindianización e incluso extinción de etnias enteras– como de las corrientes ideológicas a las que adscribe: el marxismo, y el evolucionismo que le es consustancial, aunque transmutados, así como la antropología cultural norteamericana de entonces, no dejan de mellar su planteo. En tanto los repliegues indígenas son solo tácticos, hay superioridad –aunque él no use el término, está implícito– en la cultura opresora, que fatalmente opera sobre la etnia para desagregarla, sometiéndola e imprimiéndole su formato. Pese a que la vislumbró, Ribeiro no podía ver en toda su potencialidad la etnogénesis que anidaba en las sociedades indígenas, a muchas de las cuales da por extintas, que sin embargo se repusieron del colapso que significaron los primeros contactos, y, contrariamente a lo que postulaba, no devinieron indios genéricos sino etnias que hacen de su diferencia en nuevos escenarios modernos, incluidas las ciudades, su clave identitaria actualizada.^{viii}

Porque en el planteo de Ribeiro no hay indígenas urbanos, y en la integración a la sociedad nacional solo hay pérdida. Un cierto esencialismo aqueja esta posición, en tanto concibe a las identidades como estables y, en parte, ahistóricas, sin capacidad de mutación y adaptación sin mengua, transfiguración o extinción. (Por lo demás, cabe acotar que la crítica a los esencialismos procedente de la academia no hace la menor mella en la construcción identitaria aborígen, que, conscientemente o no, actúa y fundamenta su esencialismo sin culpa, siempre que le rinda política y existencialmente). En general, Darcy acepta conceptos –aunque en sus diarios y notas de campo son más flexibles– como *caboclo*, *caipira*, *mameluco* o cualquier otro término que designa el mestizaje, dando por sentado en ese proceso una pérdida radical de la indianidad. Hoy en día hay más bien una reinscripción de esas dimensiones dentro de la identidad étnica aborígen, proceso guiado por la etnogénesis estratégica, a veces, incluso, racializada o esencializada, que acompasa la posibilidad de reclamo jurídico y la construcción de ciudadanía

^{viii} Un caso testigo es el de los Baré del Río Negro, a quienes Darcy dio por extintos hacia los años 50. Quien esto escribe formó parte de la misión del SESC en 2013, producto de lo cual fueron el libro *Baré, povo do rio* y el film homónimo, que mostraron no solo la vitalidad de la cultura indígena baré, pese a sucesivos genocidios y etnocidios, sino su pervivencia y capacidad de agencia política.

por parte de los colectivos indígenas, incluso allí donde se trata de indígenas mestizados e integrados.

Darcy divide a los indios en aislados, con contacto intermitente, en contacto permanente e integrados. La integración concilia la identificación étnica específica con una participación creciente en la vida económica y social de la sociedad nacional. Con gran detalle refiere la desaparición en medio siglo de grupos aislados y la dramática disminución en los demás contingentes, en su devenir hacia la integración. Que, en el mejor de los casos, supone su transformación en obreros. Las fases del proceso están signadas por las variables económicas: el extractivismo, la economía agrícola y la pastoril han construido diferentes escenarios en los cuales el despojo de tierras, la destribalización, el cambio ecológico y la invasión biótica –enfermedades y vicios– derivan en la progresiva desarticulación étnica. Asimismo, consigna las actitudes de los aborígenes, que van de la resistencia armada, con resultados previsiblemente desastrosos para ellos, hasta la sumisión, no pocas veces mediada por instituciones estatales o eclesiales. Las estatal-militares, en su balance, tuvieron un rol pacificador positivo en la era Rondón, pero no consiguieron preservar de la injerencia de la sociedad nacional a las tribus, en tanto a las eclesiásticas les cupo un rol etnocida infausto. Para Darcy la acción proteccionista debería garantizar la posesión territorial y la conservación ecológica, y sobre todo el establecimiento de condiciones controladas de contacto, tuteladas, que regulen las acciones de las fuerzas pioneras en su avance sobre las sociedades indígenas, evitando genocidios y explotación. Pero allí el diablo mete la cola. Porque las compulsiones tecnológicas, ariete civilizatorio por antonomasia, son las más difíciles de controlar, en tanto aceleran la disolución de los modos tradicionales de vida descalabrando el *ethos* indígena e imponiendo nuevas economías a partir de la creación de nuevas necesidades. En las fases del vínculo lo que decide el destino del grupo es la velocidad de su integración, que dirimirá su nivel de transfiguración. Para Darcy el colapso sociocultural suele estar vinculado a la rapidez de inserción, casi siempre inducida por la captura tecnológica, en la nueva sociedad.

En sus conclusiones, Darcy augura una reducción progresiva de la población indígena a medida que avanza la integración nacional, pero también alerta sobre el hecho de que, una vez sucedida, se ha de producir un incremento demográfico. La nueva relación con la población neobrasileña (así denomina al mestizo de indio, negro y blanco en cualquiera de sus posibles combinaciones, pero que ya no es ninguno de ellos) está mediada por

representaciones recíprocas, no pocas veces cargadas de prejuicios, que barran la asimilación, manteniendo en la condición de alternos opuestos a esos grupos humanos. El gradiente de la integración va del indio singular al indio genérico, y no del indio tribal al brasileño. Pero agrega que las identidades étnicas son mucho más resistentes de lo que se supone, porque exigen condiciones mínimas para perpetuarse y porque sobreviven a la total transformación de su patrimonio racial y cultural. Ello implica que incluso factores como la lengua, la cultura o las creencias son atributos externos a la etnia susceptibles de alteraciones radicales sin que la etnia colapse. Y es que, para Ribeiro, las etnias son categorías relacionales entre agrupamientos humanos, compuestas antes de representaciones recíprocas y de lealtades morales que de especificidades culturales y raciales. Aunque en sus trabajos no siempre funcione así, arriba a esa posición en sus conclusiones. Que, como en toda su obra, albergan las paradojas de la vida real y del desarrollo de los grupos humanos, permitiendo múltiples caminos de despliegue. Nunca hay unilinealidad en los planteos de Ribeiro, siempre es una compleja conjunción de múltiples dimensiones la que constituye las formaciones histórico-culturales.

Una acotación: Darcy nombra *indios* a los indios, y aquí hemos emulado su posición. Es decir, no utiliza categorías eufemísticas, políticamente correctas, como *aborígenes*, *nativos* o *indígenas*, mucho menos *pueblos originarios*. Y ello es debido a que en Brasil ese es el término con que ellos se autoidentifican, sin que haya el menor conflicto. Ningún indio brasileño consideraría un desprecio, sino más bien un orgullo, ser llamado así. Por lo demás, los planteos de Darcy por momentos se resienten debido a su esencialismo voluntario, que lo lleva a considerar indio solo al indígena selvático, aislado, no contactado. Es decir, un ideal restrictivo. Pese a que en su teoría existen en los modos de organización indígenas los elementos que les permiten resistir las transformaciones, supone que en el contacto ya hay un menoscabo, como si el sujeto indígena, a lo largo de la historia, no hubiera sabido reconstituirse, transfigurado, tras los genocidios y etnocidios. Por lo demás, ese cúmulo de creencias que constituyen un supuesto del indigenismo es simplemente una tradición que alcanza a prácticamente todas las figuras de la antropología hasta bien entrados los años noventa. Raramente, incluso hoy en día, cuando se habla de indios en Brasil se piensa en una figura distinta del indio selvático.

Se podría señalar también su escasa atención a la dimensión simbólica del mundo indígena, aunque dedicara grandes textos al tema en sus primeros años, así como en su novelística –piénsese en *Maíra*– y recriminarle

anacrónicamente quedar cautivo de conceptos, provenientes de la escisión entre naturaleza y cultura, que solo el perspectivismo contemporáneo ha desmalezado. Pero aquí preferimos tomar de la obra de Darcy Ribeiro, como de todo clásico, lo que nos da, que no es poco, y que en Brasil significó la puesta en visibilidad de la cuestión indígena por parte del discurso antropológico al sacarlo de los estrechos canales de circulación a los que por lo general se veía –y, en parte, aún se ve– acotado y transformarlo en una situación de dominio público. Y la instigación al Estado a hacerse cargo, con herramientas adecuadas, del problema.

Los indios y la civilización es obra central del pensamiento social americano. Entendemos que el paso del tiempo no la ha lesionado en sus postulados fundamentales y auguramos que su inscripción en las consideraciones latinoamericanas, en lengua castellana, ha de redundar en la sutura de la grieta –que es lingüística, pero sobre todo cultural y política– que lo impidió como lo que es: un clásico que se funde con su objeto, la indianidad. Que hoy refulge soberana en el continente como potencia histórica actual.

Ouro Preto, agosto de 2023.